

está realizando en los presbiterios y el tercero, es la reflexión bíblica –teológica contextual que nos permite estar actualizado sobre los nuevos desafíos a los cuales Dios nos pide responder.

Esperamos que la lectura de estas memorias y testimonios ayuden para que como Iglesias de la tradición reformada fortalezcamos el compromiso con una diaconía, como la vivió y enseñó Jesús, que permita mantener el trabajo de seguir aportando para que las comunidades donde están nuestras congregaciones tengan vida abundante y una paz que sea fruto de la justicia.

Agradecemos a cada persona que aportó a nivel personal y en grupo sus experiencias, sus conocimientos y su tiempo para poner por escrito las páginas que compartimos, en las cuales al leer podemos sentir el compromiso de ser parte de una iglesia que se compromete el anuncio del evangelio y la construcción de paz. También, damos gracias a la Comunión Mundial de Iglesias Reformadas por su aporte económico que ha permitido la publicación de este libro.

Desde la UniReformada nos alegra que esta publicación pueda llegar a todas las personas que hacen parte de las Iglesias con las cuales nos relacionamos, con lo que esperamos seguir aportando a la educación y el fortalecimiento del compromiso con una diaconía bíblica que contribuya a la paz y al desarrollo sostenible.

*Milton Mejía, editor del libro.*





**Primera Parte**

**MEMORIA Y TESTIMONIO  
HISTÓRICO DEL APOORTE A LA PAZ**





# ***Testimonio de la Iglesia Presbiteriana por la Paz en Colombia***

*Milton Mejía  
Profesor UniReformada  
Pastor de la Iglesia Presbiteriana de Colombia*

Comparto en este texto aspectos históricos y gran parte la experiencia de lo que he vivido en la Iglesia Presbiteriana de Colombia, la familia reformada y ecuménica durante las últimas décadas, donde junto con compañeros y compañeras de camino, hemos intentado contribuir en la construcción de paz en Colombia. Como experiencias vividas parten de la realidad de la violencia que hemos visto en muchas comunidades y sufrido en el acompañamiento pastoral realizado desde nuestra esperanza y proyectos construidos con el objetivo de vivir y disfrutar de una paz que sea fruto de la justicia en Colombia. Lo que comparto son experiencias llenas de muchas alegrías en diversos momentos y de dolor en otros, también de algunas frustraciones, esperanzas y grandes aprendizajes que nos indican que es necesario seguir construyendo el país que soñamos desde la fe reformada y ecuménica que nos ha identificado. No son notas finales ya que en Colombia seguimos sufriendo diversas formas de violencia que parece se resisten a dejarnos vivir en paz, por lo que es necesario que como iglesias cada día tomemos más conciencia que tenemos una gran responsabilidad en la construcción de paz y la reconciliación.

## **Llegada de la Tradición Presbiteriana a Colombia**

La tradición eclesial presbiteriana llegó a Colombia con una propuesta educativa y eclesial de trabajo por la paz en un tiempo

de profundos conflictos políticos. Por una parte, estaban grupos políticos que gobernaban para mantener una sociedad colonial tradicional, organizados en lo que en ese momento de la historia era el partido conservador. Por otro lado, estaban los liberales que buscaban desmontar el Estado colonial para establecer una sociedad republicana moderna. El protestantismo llega con una propuesta de contribuir con una sociedad con mayor democracia e inclusión social en un contexto donde la Iglesia Católica jugaba un roll clave ya que, junto con el ejército, era uno de los pilares el sistema colonial por su poder religioso, ideológico, dominio sobre la población y como poseedora de muchas tierras (Rodríguez, 2004, p. 287).

La Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos inició su misión en este contexto en 1856 con la presencia del misionero Henry Pratt, quien se estableció en Bogotá haciendo contacto con antiguos miembros de la legión británica o con sus descendientes quienes dieron apoyo a Simón Bolívar en la campaña libertadora (Moreno, 1990). Pratt introdujo el énfasis protestante que para lograr un ser humano que refleje la imagen de Dios no se necesitaba solo de una iglesia sino además de escuelas que educaran las personas en una cultura de respeto a la dignidad humana, de trabajo y participación social. Pratt tenía la concepción que para resolver los problemas de violencia que generaba el conflicto que vivía el país se necesitaban escuelas que garantizaran una educación laica; por lo cual, inició escuelas primarias para niños y niñas que no eran recibidos en los colegios católicos por ser hijos de protestantes o de otras religiones, además, inició clases nocturnas dirigidas a los artesanos (Moreno, 2004, p. 427). Para fortalecer el trabajo educativo en 1868 arribó a Bogotá la misionera Kate McFarren, quien inició el Colegio Americano para Señoritas, en 1869. En 1885 Tomas H. Candor impulsó la apertura del Colegio Americano para Varones. Este inicio de la educación protestante no fue fácil, ya que, la constitución de 1886 estableció que la religión católica era la de la nación y la educación pública debía estar organizada en concordancia con sus orientaciones (Moreno, 1990). Por ejemplo, para la apertura del Colegio Americano, en Barranquilla se solicitó permiso y el gobierno de ese momento no lo permitió, pero el cónsul de los Estados Unidos intercedió y el permiso llegó en septiembre de 1902 (Rodríguez 2019, p. 135).

Pese a esto, durante los siguientes años la Iglesia Presbiteriana inició colegios en ciudades como Barranquilla, Medellín y posteriormente en zonas rurales rompiendo con el método tradicional memorístico

y de la obediencia e implementando una pedagogía activa y otras tendencias educativas de Norte América y Europa. Si bien, las escuelas inicialmente estaban dirigidas a los sectores más pobres, en varios lugares tuvieron acogidas entre los grupos con mejores condiciones económicas por los enfoques educativos modernos e innovadores. Fue así como en 1930, un antiguo estudiante y profesor del Colegio Americano de Bogotá, el liberal Enrique Olaya Herrera, se convirtió en el presidente de Colombia. La guerra de los mil días estalló en 1899 y durante este tiempo se cerraron los colegios americanos en Bogotá y Barranquilla, ya que, el partido conservador que estaba en el poder cerró los colegios que consideraba liberales. Posteriormente, estos colegios protestantes reabrieron sus servicios educativos y en algunos momentos la Iglesia Presbiteriana tuvo que buscar apoyo de los Estados Unidos para tener el permiso de funcionamiento de estos. En estos colegios introdujeron la enseñanza del inglés, el comercio y el deporte como parte de la pedagogía, posteriormente implementaron la educación mixta y en Bogotá se contribuyó con la organización de la primera Unión Obrera. Con esta práctica educativa la Iglesia Presbiteriana introduce en Colombia la tradición protestante que desde sus orígenes ha considerado que un ser humano educado puede construir con mayor facilidad una sociedad democrática que viva en paz.

## **Iglesia que Vive el Evangelio desde la Perspectiva Protestante**

Junto con los colegios americanos, los presbiterianos, iniciaron iglesias y construyeron templos que permitieron una nueva forma de vivir el evangelio y celebrar la fe cristiana de acuerdo con la tradición de la reforma protestante. En los sectores donde estaban estas iglesias iniciaron proyectos sociales de apoyo a la población más pobre en las principales ciudades como Bogotá, Medellín, Barranquilla, Bucaramanga y en diversas zonas rurales del Tolima y la Costa Norte. Entre estos proyectos se organizaron clínicas para ofrecer un mejor servicio de salud, apoyo a la población campesina y centros de atención para mujeres y ancianos. Las iglesias, además de predicar el evangelio, desarrollaban una labor educativa por medio de las escuelas dominicales donde se enseñaba a leer y escribir a niños, jóvenes y adultos a partir del estudio de la biblia. Moreno (1990), quien trabajó en Barranquilla decía que el objetivo de esta labor educativa era: "...enseñar a niños a leer la palabra de Dios y decir la verdad".

Por otra parte, una característica del desarrollo eclesial de la Iglesia Presbiteriana fue que a las iglesias de las principales ciudades llegaron misioneros muy bien educados a nivel teológico con un pensamiento más liberal y a las zonas rurales enviaron personal sin mucha educación teológica que dieron a las iglesias una formación más conversadora. En este contexto en Barranquilla los pastores más antiguos cuentan la historia de Richard Shaull, quien fue pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana en esta ciudad y posteriormente en Bogotá, quien es considerado por investigadores, como uno de los teólogos que aportó en los antecedentes de la teología de la liberación (Pérez, 2016). El mismo Shaull escribe sobre su tiempo vivido en Barranquilla lo siguiente:

Durante ocho años en este país invertí mucha energía en proyectos de evangelización y renovación de la Iglesia protestante. Visité y ayudé antiguas congregaciones, organicé nuevas y coordiné programas de formación de laicos y de pastores recién ordenados. En cuanto me dedicaba a esas actividades, algo importante sucedió. En ese trabajo entraba en contacto directo con el hambre y la miseria del pueblo, tanto en las zonas rurales como en las urbanas. Quedaba angustiado con esa situación y buscaba desesperadamente hacer algo que la aliviase. Convencí a mi esposa de mudarnos a una barriada en Barranquilla y comencé a organizar a los trabajadores de una pequeña fábrica. Inicé una campaña nacional de alfabetización (...) y proyectos de construcción de casas en zonas rurales. Concentré mucha atención en los jóvenes de las iglesias presbiterianas. Los invité a que me acompañaran a los barrios y a las zonas rurales... (Pérez, 2016, p. 85, 86)

Según Pérez (2016), como pastor en Colombia, Shaull encontró, “una nueva generación de jóvenes con una búsqueda de una fe más actualizada, una teología más al día que no se hallaba en la iglesia” (p. ??). Con ellos intentó una labor de concientización que se estrelló literalmente contra la orientación fundamentalista que su propia denominación había instalado en la Iglesia Presbiteriana Colombiana. Este anti-liberacionismo de la iglesia presbiteriana llevará a una división en esta en los años posteriores. Uno de los jóvenes presbiterianos que creció intelectualmente a la sombra de Shaull fue Orlando Fals Borda, quien da testimonio de su trabajo pastoral de la siguiente manera:

El pastor de la Iglesia era Richard Shaull... Tenía una concepción muy distinta de pastor, y le dio esa dimensión social juvenil a la Iglesia,



que muchas personas todavía recuerdan en Barranquilla, porque fue como una especie de motor transformador del pensamiento y la acción de la Iglesia. El Centro Juvenil Presbiteriano (CJP) tiene actividades culturales y deportivas (...) A través del CJP logró que la Iglesia Presbiteriana hiciera una proyección sobre la sociedad barranquillera y costeña y allí es donde encajan todas estas actividades no religiosas; es una especie de iglesia laica muy abierta, muy tolerante y ecuménica (Pérez, 2016, p. 86).

La salida de Colombia de Shaul se da al iniciar el tiempo de “La violencia” que se vivió entre 1948 a 1958 durante el cual la persecución a liberales y protestantes de las diversas iglesias que ya se habían instalado en Colombia se dejó sentir en todo el país. Según el recuento histórico publicado en la constitución de la Iglesia Presbiteriana de Colombia de 1986, esta violencia la sintió de manera más fuerte el Presbiterio del Sur, ubicado en la región del Tolima, donde miembros de las Iglesias Presbiterianas fueron asesinados y muchos templos fueron derribados. Durante esta época, en 1950 la IPC, fue una de las 19 denominaciones fundadoras de la Confederación Evangélica de Colombia (CEDEC), que hoy es CEDECOL. Pastores presbiterianos tuvieron un liderazgo en su inicio, Roberto Lazear fue su primer secretario ejecutivo, Jaime Goff y Lorenzo Emery en 1952 fueron encargados de hacer una investigación sobre la violencia contra los evangélicos que se estaba viviendo en esta época. De esta manera las iglesias protestantes se organizaron para buscar formas de protección, trabajar por la paz y por la libertad e igualdad religiosa. Esto permitió que en medio de un contexto de persecución las iglesias mantuvieran su labor de evangelización, su trabajo social y educativo dirigiendo a los sectores menos favorecidos.

## **Educación y Trabajo Social de la Iglesia Presbiteriana que Crea Tensión y División**

En la década de los 60’s y 70’s, del siglo pasado, en medio de las tensiones por la confrontación del desafío del comunismo y cuando recién empezaban las guerrillas en Colombia, en una declaración resultado de la consulta de la IPC, realizada en junio de 1965, en Barranquilla se observa esta tensión pero a la vez se reafirma el compromiso de que la iglesia tiene que cumplir su misión en todos los niveles de la sociedad y se recomienda el fomento de agremiaciones

culturales o de mutuo apoyo, trabajo con el frente obrero (sindical), las agrupaciones profesionales, estudiantiles y universitarias. También en los tugurios de los grandes centros de población. “Que se promueva la acción de la Iglesia que canalice su interés en la solución de los diversos problemas que aquejan a nuestra sociedad”, (Declaración de la consulta colombiana 1965).

De esta forma, la Iglesia Presbiteriana mantenía su tradición de tener incidencia en la sociedad y se mantenía conectada con lo que estaba sucediendo en Latinoamérica. En 1961 pastores como Richard Shaull y Gonzalo Castillo participan en la Segunda Conferencia Evangélica Latinoamericana (CELA) donde se creó, con el apoyo del Consejo Mundial de Iglesias, el Movimiento Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL), y la Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC), en 1962. Esta comisión, se propuso articular una nueva filosofía de educación cristiana que considerara la particular problemática contextual y la idiosincrasia del continente con una teología pertinente a dichos problemas. El movimiento de ISAL apuntó a la transformación estructural de la realidad apoyado con una visión teológica inspirada en Barth, que buscó combinar una teología bíblica de salvación en clave histórica y un llamado a la militancia activa en los movimientos sociales y políticos de liberación. De estos procesos eran parte los más elocuentes intelectuales y pensadores del protestantismo de Latinoamérica, entre los que se destacaron varios pastores y líderes de la Iglesia Presbiteriana de Colombia como Orlando Fals Borda (Amestoy, 2011).

ISAL permitió un diálogo de protestantes con lo que pasó en el Concilio Vaticano II (1962-1965), con muchos sacerdotes que estudiaron en Europa y al regresar a Colombia, decidieron impulsar nuevas prácticas pastorales. Líderes antiguos de la iglesia cuentan que Camilo Torres Restrepo, uno de los sacerdotes que estudió en Europa, cuando regresó al país en su trabajo pastoral con los obreros y estudiantes realizaba reuniones en locales de los presbiterios en Barranquilla y Bogotá. Durante esta década surge la teología de la liberación y se realiza la segunda Conferencia de obispos realizada en Medellín (1968) en la que se definió el camino institucional de la Iglesia Católica por la opción por el pobre y la conformación de las Comunidades Eclesiales de Base-CEBs. Surge el grupo sacerdotal Golconda (1968) que asumió el legado de Camilo Torres, quien después de liderar el Frente Unido se va a la guerrilla del ELN y muere en su primera acción armada en 1966.

En este contexto, a inicios de la década de los 70's, un grupo de pastores presbiterianos como Augusto Libreros y Gonzalo Castillo, junto a investigadores sociales insatisfechos con la teología y la ciencia social tradicional fueron convocados por Orlando Fals Borda, quien fue miembro de la primera Iglesia Presbiteriana y estudió en el Colegio Americano de Barranquilla, para fundar la Rosca de Investigación y Acción Social. Fals Borda había fundado junto con Camilo Torres la primera facultad de sociología de América Latina en la Universidad Nacional en Bogotá, de la cual fue su primer decano (1957-1967). Según Gonzalo Castillo, uno de sus integrantes, la Rosca buscaba contribuir con:

una ciencia social comprometida o investigación militante mediante la inserción del investigador en la base popular, siguiendo una metodología inseparable de los grupos sociales con los cuales trabaja: urbano, indígena, negro/mulato (...) La inserción buscaba identificar los grupos claves, encontrar las raíces históricas de las condiciones presentes, para luego devolver a ellos los resultados (Castillo, 2010, pp 18-19).

Castillo señala que el método de estudio-acción patrocinado por "La Rosca" fue apoyado por la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos y los llevó a sucesivos esfuerzos en la lucha por la justicia social y económica. Estos fueron los orígenes de la IAP (Investigación Acción Participativa) que Fals Borda, habría de refinar como resultado de su práctica en la Costa Atlántica, y de sus varias publicaciones, hasta convertirse en un verdadero movimiento ecuménico entre aquellos científicos en todo el mundo unidos por la visión IAP que culminó en un Congreso Mundial de sociología, en 1977" (Castillo, 2010, pp. 18-19).

Según Restrepo (2016), la contribución de Orlando Fals Borda en el plano religioso como persona que había sido educado en la Iglesia Presbiteriana ha sido también notable, excepcional y de carácter universal pero poco advertida. Entre estas, tenemos su contribución al surgimiento de la teología de la revolución formulada en la segunda mitad de los cincuenta y, por ende, cerca de diez años anterior a la versión emanada del catolicismo latinoamericano; y aunque indirecto, es invaluable su papel en la aparición de esta contraparte católica conocida como teología de la liberación, como amigo y colega de Camilo Torres Restrepo, pero, además, por el papel demostrativo de su obra, ya muy evidente en *Campesinos de los Andes*, su tesis de 1955, publicada en

1961, en la cual enuncia en muchos pasajes el papel de la Iglesia en la transformación del campesinado.

Además, el vuelco que Orlando Fals Borda dio en la práctica de su religiosidad al poner en juego algo así como una extensión del principio del filósofo Spinoza: *Deus sive natura, Deus sive populus* (Dios, o sea, la naturaleza; Dios, o sea, el pueblo), y por tanto al optar por los pobres como señal de predestinación y no por el oro y el poder, como había sido dominante según lo estableció muy bien Max Weber, realizó un giro inédito, bastante excepcional en su tiempo, anticipado en muchos años a lo que enunciará Lévinas con su teología y ética centradas en el ver en el otro y en los otros el rostro de Dios. Esto es un giro de una teología y filosofía alopáticas, es decir, fundada en un Dios o un poder exógenos, verticales, abstractos a una teología homeopática, ecocultural, autopoética, orgánica (Restrepo, 2016). Fals Borda no reclamaba este aporte a la teología, pero al contar su historia deja ver cómo su formación en la iglesia presbiteriana y el colegio americano influyó y lo inspiró en lo que hizo a nivel social y produjo a nivel académico.

También fui director de un Centro Juvenil Presbiteriano (CIP)... El pastor de la iglesia era Richard Shaull, que después llegaría a ser uno de los iniciadores de la teología de la liberación (...) él tiene una concepción muy distinta del pastor y le dio esa dimensión social juvenil al CIP(...) porque fue como una especie de motor para transformar la forma de pensar y de actuar en las iglesias. Ese centro presbiteriano tiene actividades culturales y deportivas, se representaban obras de teatro clásico español, exposiciones de pintura con la ayuda de Alejandro Obregón, actividades literarias con Álvaro Cepeda Samudio... con Álvaro fuimos compañeros de colegio, nos graduamos en Estados Unidos, tuvimos una amistad hasta su muerte. (Fals, 2009, p 15).

En este contexto de finales de los años 60 y 70 durante la guerra fría, en la Iglesia Presbiteriana habían asumido el liderazgo pastores nacionales y misioneros conservadores de los Estados Unidos, por lo que quienes hicieron parte de “La Rosca” fueron acusados de comunistas y guerrilleros, algunos fueron expulsados de la iglesia como a Orlando Fals Borda y a otros les tocó seguir con su compromiso por la búsqueda de justicia en otros espacios de la sociedad en Colombia o en otro país.

Con la salida de los pastores y líderes de la Iglesia Presbiteriana que impulsaron “La Rosca”, los sectores conservadores que estaban en el

liderazgo de la Iglesia Presbiteriana, persiguieron e hicieron salir del país a un gran número de pastores que tenían una formación académica liberal y un fuerte compromiso social por lo que, durante varios años, el trabajo por la búsqueda de justicia y paz fue opacado, hasta inicio de la década de los años 80's que se organizó el Seminario Teológico Presbiteriano. Junto con el inicio del seminario un grupo de pastores fortalecieron sus contactos y participación en organizaciones ecuménicas como CELADEC, el CMI (Consejo Mundial de Iglesias), el CLAI (Consejo Latinoamericano de Iglesias) y las CEBs (Comunidades Eclesiales de Base). A pesar de que sectores conservadores no habían permitido que la iglesia presbiteriana se hiciera miembro de estos organismos ecuménicos, a través de los pastores presbiterianos que participaban en ellos muchos jóvenes recibimos invitaciones para participar en talleres de educación popular, lectura comunitaria o relectura de la biblia y análisis de la realidad. Por medio de estos talleres un gran número de miembros de las iglesias presbiterianas y estudiantes del *seminario teológico presbiteriano* conocimos y participamos de las CEBs, que se impulsaban en toda América Latina y la Iglesia de los Pobres como se le llamaba en Colombia. En Bogotá la participación en estas comunidades se hacía desde el Colegio Americano de Bogotá, que tenía un grupo juvenil cristiano muy comprometido con el trabajo social y también desde la Iglesia Presbiteriana del barrio "Palermo". El Rev. Uriel Ramírez, que lideraba esta participación era capellán del Colegio Americano y pastor de esta iglesia. Por parte del *Seminario Teológico Presbiteriano*, Alicia Winters, una trabajadora en misión de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos, fue reconocida tanto entre los presbiterianos como en los sectores católicos que participaban de las CEBs y del movimiento ecuménico en Colombia y en Latinoamérica como una biblista que hacía relectura bíblica desde la realidad de violencia que vivían las comunidades rurales, grupos vulnerables en las ciudades y las mujeres.

En 1988, las CEBs junto con otros sectores de la Iglesias católicas y de iglesias protestantes organizan el *Encuentro Nacional Ecuménico de cristianos por la Vida*. Este fue una respuesta a la persecución y el asesinato de líderes sociales y religiosos vinculados a trabajos comunitarios en varias regiones del país. En el encuentro participaron más de dos mil personas y, a pesar de que las autoridades no dieron permiso a una movilización que se planeó, esta se realizó con la consigna que el permiso para marchar lo daba el evangelio. Esto permitió la visibilidad del encuentro en los medios de comunicación y también que

salieran las autoridades oficiales de la Iglesia Católica y de algunas iglesias protestantes a descalificar a los y las participantes. Un gran número de presbiterianos de Barranquilla, Medellín y Bogotá participaron en este encuentro liderados por los pastores David Illidge, Uriel Ramírez y Milciades Púa. Esta participación fue muy cuestionada por los sectores conservadores de la Iglesia presbiteriana, quienes acusaban a los pastores y líderes de participar en política o ser comunistas.

En medio de esta tensión varios pastores y pastoras con el apoyo de sus iglesias locales y sus presbiterios ampliaron su participación en partidos políticos, en las CEBs y en el movimiento ecuménico que surgió en el contexto de los 500 años de la colonización española. En este tiempo y como resultado del acuerdo de paz con el M-19 en marzo de 1990 se realizó la asamblea nacional constituyente para escribir una nueva constitución en Colombia. El pastor presbiteriano Jaime Ortiz fue uno de los dos candidatos propuesto por CEDECOL y el movimiento político de las iglesias evangélicas para participar en las elecciones y fue elegido como uno de los constituyentes que escribió la constitución de 1991, donde se declara a Colombia como un Estado social de derechos donde se reconoce la libertad e igualdad religiosa y de culto. Esto, incrementó el interés de algunos sectores evangélicos por la participación política por lo que se crearon partidos políticos evangélicos e hicieron planes para tener candidatos que fueran elegidos en consejos municipales, asambleas departamentales, en el congreso y hasta para tener un presidente en Colombia que fuera de estas iglesias. Sus consignas inicialmente estaban acordes con los logros de la nueva constitución, la defensa de la libertad religiosa y de culto y la búsqueda de la paz, pero muchos de estos sectores evangélicos fueron parte de los movimientos políticos que votaron por el “no” en el plebiscito que buscaba ratificar el acuerdo de paz entre el gobierno del presidente Santos y las FARC en el año 2016.

Por parte de los sectores de la Iglesia Católica que participaban en la CEBs y ecuménicos durante este tiempo se incrementó la articulación con otros sectores sociales y la movilización para que fuera posible el acuerdo de paz en el M-19 y luego para que fueran elegidos constituyentes que pusiera en el centro la defensa de la dignidad humana, los derechos humanos y ampliara la democracia participativa en Colombia. Muchos miembros y líderes de las iglesias Presbiteriana participaron en estas articulaciones y movilizaciones donde se incluyeron sectores sociales y eclesiales. Por el lado de la CEBs, pastores

como Milciades Púa, David Illidge y Milton Mejía fueron parte de la coordinación regional y nacional de estas comunidades y en octubre de 1992 se realizó la Asamblea de la región Caribe de este proceso eclesial en la Iglesia Presbiteriana del barrio “las Nieves” en Barranquilla donde hubo participación de un gran número de miembros de iglesias del Presbiterio de la Costa. Por su parte, los sectores conservadores incrementaron las acusaciones, descalificaciones y amenazas de expulsión a quienes participaban en estos procesos eclesiales y sociales, además se empezó a escuchar de divisiones en algunos presbiterios y de desconocer al Consejo del Sínodo. Estas tensiones llevaron a la Iglesia Presbiteriana de Colombia a una división en 1993. De esta división surgió el Sínodo Reformado que se organizó con iglesias de los Presbiterios Central, del Sur y del Noroeste. La Iglesia Presbiteriana se mantuvo con su sínodo conformado por los Presbiterios Central, de la Costa Norte y organizó el presbiterio de Urabá, en Antioquia.

## **Fortalecimiento del Trabajo por la Paz**

A partir de este hecho, el Sínodo de la Iglesia Presbiteriana de Colombia (IPC) elaboró un plan de misión para fortalecer su compromiso evangelizador, educativo, social y ecuménico en el trabajo por la paz. Para lograr esto, nombró secretario ejecutivo al Rev. David Illidge y acordó formas de colaboración entre los presbiterios en lo educativo para fortalecer el Colegio Americano de Apartadó y proyectos sociales en el Presbiterio de Urabá, también, creó programas de formación bíblica y teológica para capacitar el liderazgo en una identidad reformada y, los presbiterios centrales y de la costa, ampliaron su trabajo por la defensa de los derechos humanos y la paz. A nivel nacional nombró una comisión de educación que se encargó de la creación de la universidad. En la asamblea del sínodo en la ciudad de Medellín en 1998, la Iglesia Presbiteriana aprueba una declaración y confesión de fe donde reconoce que hace su misión en un contexto de violencia, muertes y destrucción de la vida en todas sus formas y reafirma su compromiso con la paz de la siguiente manera: “Creemos que debemos anunciar y promover las acciones de justicia y de paz en nuestra comunidad, denunciar proféticamente la ambigüedad e iniquidad de los modelos de sociedad que en vez de servir al propósito de Dios han optado por la deshumanización”. (Declaración y confesión de fe de la IPC 1998).

En esta perspectiva, el Presbiterio de la Costa inició un trabajo con personas desplazadas por la violencia en el departamento del Atlántico y se vinculó a organizaciones de derechos humanos como la coordinación Colombia Europa. El Presbiterio Central fortaleció su trabajo de incidencia con el gobierno nacional y su participación en la Comisión de paz de CEDECOL, que liderada por los Menonitas había empezado a realizar un fuerte trabajo educativo y de movilización por la paz al interior de las iglesias evangélicas, donde el Rev. David Illidge lideró la Escuela de Formación Bíblica por la Paz. También, los presbiterios empezaron a participar de diversas articulaciones de sectores de la sociedad civil, como la Asamblea Permanente por la Paz. Con el apoyo de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos se empezaron a desarrollar proyectos de desarrollo social y económicos para las Iglesias en el Presbiterio de Urabá que en su mayoría estaban ubicadas en zonas rurales.

La primera asamblea del sínodo después de la división acordó que la Iglesia Presbiteriana de Colombia se hiciera miembro de organismos ecuménicos como CELADEC, el CLAI y el CMI. Además, acordó fortalecer la relación con la Familia Reformada Mundial y la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos. La membresía al CLAI se logró en 1995 en la III asamblea de este organismo realizada en Concepción, Chile y en el CMI fue aceptada por su comité central en el 2005 y ratificada en la IX Asamblea de Porto Alegre, Brasil. De esta manera la Iglesia Presbiteriana se constituyó en la primera iglesia en Colombia en ser parte de estos organismos ecuménicos, lo que permitió mayor presencia de los programas y cooperación ecuménica para la diacónía y la paz en nuestro país.

Durante estas décadas de finales del siglo XX e inicios de un nuevo milenio, a la Iglesia Presbiteriana le correspondió vivir, atender y sufrir el incremento de la violencia que produjo millones de desplazados, miles de amenazados y cientos de asesinatos de trabajadores por la paz y defensores de derechos humanos en Colombia. En el Presbiterio de Urabá, las iglesias presbiterianas del Guineo, Saiza, La Batalla, Nuevo Oriente, Nueva Jerusalén y Pavarando fueron desplazadas en su totalidad y los grupos que estaban en proceso de ser constituidos como iglesias de Camuru, Cope, Florida, California, el Cuarenta y Villa Nueva perdieron gran parte de sus miembros ante las amenazas y asesinatos de los grupos armados. Un joven que estaba en procesos de formación para ser pastor fue asesinado y tres pastores de este



presbiterio fueron amenazados, por lo que fue necesario reubicarlos en el Presbiterio Central y de la Costa. En este último, ocho de sus líderes y pastores fueron afectados por la violencia, algunos por medio de panfletos mediante amenazas, otros encarcelados y vigilados por organismos de inteligencia del Estado colombiano. Ante estos hechos, el sínodo pidió apoyo a la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos y la cooperación ecuménica internacional, lo que permitió la creación de hogares de paso para personas desplazadas y lugares para proteger a líderes amenazados en Apartadó, Bogotá y Barranquilla. También se organizó una estrategia de incidencia política nacional e internacional para pedir que el gobierno de Estados Unidos no diera recursos económicos a Colombia para la guerra, sino que contribuyera con la protección de los derechos humanos, la búsqueda de la paz por medio del dialogo y se crearon proyectos productivos y programas de apoyo a víctimas del desplazamiento y personas amenazadas.

## **Plan de las Iglesias por la Paz**

Uno de los resultados de que la Iglesia Presbiteriana se hiciera miembro del CLAI fue el Plan de las Iglesias por la Paz (plan de paz) que este organismo ecuménico implementó en Guatemala, Perú y Colombia con el apoyo de las Iglesias Protestantes de Alemania. En Colombia participaron las Iglesias Presbiteriana, Luterana y Menonita, las cuales propiciaron diversos espacios de encuentro de celebración de la fe y educativos que fortaleció el dialogo y la cooperación entre diversas iglesias evangélicas, que estimuló una mayor conciencia sobre la necesidad de participar en los procesos de diálogos por la paz y la reconciliación que se estaban realizando con los grupos armados en ese momento. Esto amplió la participación de las iglesias evangélicas en la Asamblea Permanente de la Sociedad civil por la Paz, el intercambio con los países donde se estaba implementando este plan y permitió la realización del Foro de Cooperación Ecuménica, donde confluyeron sectores de iglesias evangélicas, católica, representantes de organizaciones sociales y comunidades desplazadas que estaban en proceso de retorno a sus tierras, donde se discutió con organizaciones ecuménicas de cooperación internacional cómo fortalecer la protección a comunidades y personas amenazadas, así como la participación y apoyo a los proceso de diálogos y negociación que permitieran una salida no violenta al conflicto armado en Colombia (Informe del Plan de Paz. 1999).

## **La Corporación Universitaria Reformada, una apuesta de educación superior para la paz**

A inicios del nuevo siglo, en el 2002, la Iglesia Presbiteriana de Colombia logró hacer realidad un proyecto por el que había trabajado durante muchos años; la constitución de una propuesta de educación superior que le ha permitido ampliar un servicio educativo desde pre-escolar, primaria y secundaria ofrecido por medio de los Colegios Americanos en diversas regiones del país y a partir de lo que era el Seminario Teológico Presbiteriano que se inició en Bogotá en la década de los 80s y luego fue trasladado a Barranquilla. La comisión del sínodo que trabajó en el proyecto durante varios años hizo la solicitud de aprobación de la universidad al Ministerio de Educación Nacional durante el 2001 pero fue negada, por lo que hubo que recurrir a congresistas presbiterianos de Estados Unidos, quienes a través de su embajada en Colombia enviaron mensajes dando apoyo a la creación de la primera universidad protestante en Colombia. Cien años antes, en un contexto muy diferente, se había negado el permiso de funcionamiento al Colegio Americano de Barranquilla (Rodríguez 2019, 135).

De esta manera surge la Corporación Universitaria Reformada (CUR) en Barranquilla, como la primera institución de educación superior en Colombia con el propósito de contribuir a una educación para la paz y la reconciliación a partir de la tradición educativa y teológica que se inició con la reforma protestante en el siglo XVI. El lema de esta institución en los últimos años ha sido “Educamos la Vida para la Paz”, desde el cual promueve procesos pedagógicos, de investigación, construcción de conocimiento y la participación de la comunidad educativa en iniciativas de desarrollo social, cultural y comunitario que amplíen la participación democrática donde se respete la dignidad humana y se cuide la creación de Dios. La gran mayoría de sus estudiantes son personas jóvenes con escasos recursos que la universidad apoya con diversos tipos de becas y ayudas.

La CUR en estos momentos cuenta con 12 programas de pregrado, dos especializaciones, la Escuela de Música Alvin Schummaat, centros comunitarios de servicio social, varios grupos de investigación, y una amplia diversidad convenios nacionales e internacionales a partir de los cuales se han realizado diversas iniciativas de educación y construcción de paz. Entre estas, tiene un grupo de investigación

dedicado a la situación de los derechos humanos y la búsqueda de la paz, tiene la cátedra Orlando Fals Borda, se realizan diplomados sobre Diaconía para la paz, ha publicado diversos libros sobre experiencias de sectores sociales e iglesias en construcción de paz, foros y realiza seminarios nacionales e internacionales sobre reconciliación. También es parte del Comité de derechos humanos del distrito de Barranquilla, hizo incidencia en el proceso de diálogo que llegó a un acuerdo de paz entre el gobierno colombiano y las FARC, y en estos momentos acompaña los espacios territoriales de capacitación y reincorporación de Tierra Grata en el Cesar y Pongores en la Guajira. De la misma manera, está participando con sectores sociales en el apoyo a los diálogos con el ELN y mantiene relaciones con instancias del gobierno colombiano y la comunidad internacional con el mensaje que es necesario llegar a un acuerdo de paz en Colombia.

## **Red EcuMénica de Colombia**

Al mismo tiempo que surgió la CUR, la Iglesia Presbiteriana hizo parte de la constitución de la Red EcuMénica de Colombia con el propósito de trabajar la paz desde la perspectiva de la incidencia por la justicia, los derechos humanos y el acompañamiento a comunidades víctimas de la violencia. La Red vivió una época de apogeo y crecimiento entre los años 2004 y 2010. Durante este período, se realizó un trabajo que permitió posicionarla en ámbitos socioeclesiales tanto nacionales como internacionales. Por primera vez sectores de la Iglesia Católica y de una diversidad amplia del protestantismo creaban espacios comunes, específicamente en el acompañamiento de comunidades afectadas por la violación de sus derechos humanos y sociales en medio del conflicto interno colombiano. Inicialmente integraron la Red: la Iglesia Presbiteriana de Colombia, la Iglesia Evangélica Luterana, la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz, la Iglesia Colombiana Metodista, Iglesia Bautista, Iglesia Anglicana y la Iglesia Interamericana de Laureles; posteriormente, ingresarían las siguientes organizaciones: la Arquidiócesis de Cartagena, PROMESA, el Seminario Teológico Bautista, la Pastoral Popular de las Hermanas Dominicanas y las Religiosas del Sagrado Corazón. En el plano internacional se contó con el apoyo de: Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI), Consejo Mundial de Iglesias (CMI), Church World Service, Luteran World Relief, Kirken in Actie y Cristhian Aid.

Esta experiencia fue dinamizada por el lema. “Desde la fe, en la diversidad por una casa común donde haya vida abundante”. Quienes vivimos esta iniciativa desde adentro damos testimonio de que fue un proceso movido por la fuerza del Espíritu. Se creó una dinámica comunitaria entre “acompañantes” y “acompañados” que convertía cada taller, cada encuentro, cada visita, cada Oikoumene en una auténtica fiesta del Espíritu. Fue una acción pastoral donde con la lectura profética del Evangelio, en medio de una actitud de mutualidad en las relaciones de género, pudimos saborear la vida abundante que Dios anhela para su creación. Espacios como la escuela de formación, con talleres de alto nivel en la Costa Caribe y en la región Andina, nos ayudaron a hacer viva la Palabra convertida en fuente de consuelo y esperanza para muchas personas agobiadas por el conflicto.

Las visitas de acompañamiento a Cacarica, Trujillo, San Antonio y a otras comunidades, marcaron a muchas personas y dejaron una huella imborrable en el compromiso solidario desde la fe; en estos lugares se vivió una experiencia de Dios muy fuerte y la gente que tanto ha sufrido los rigores de la violencia se sintió acompañada; en estas jornadas solidarias renacía la esperanza de que otro mundo era posible y de que la anhelada paz podía ser realidad. En estos espacios, poco a poco nuevos actores se fueron sumando, como fue el caso de integrantes de la comunidad LGBTI en Antioquia y en Trujillo. Hubo una riqueza especial en la producción de materiales; cartillas como la cartografía de la esperanza, libros y revistas como Memoria y Esperanza servían de instrumento de información y de formación; ayudaron a dar cuenta de este caminar y quedan como una fuente importante para sistematizar esta memoria. Otro valor agregado de este caminar fue el estilo de trabajo participativo, caracterizado por una dinámica circular en su conducción y la sencillez de su estilo; con esto se buscaba empoderar el liderazgo cristiano, trascendiendo estilos institucionalizados y jerárquicos en nuestra sociedad. Otro acumulado tiene que ver con la incidencia pública; frente a algunos hechos se hicieron comunicados y visitas de alto nivel ante instancias del Estado y organismos internacionales.

## Programa de Acompañamiento Presbiteriano para la Paz

Esta experiencia surge como una respuesta a la IPC de la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos, en particular a la petición que el Presbiterio de la Costa venía haciendo desde hace varios años de fortalecer la solidaridad y contribuir con incrementar la protección a los sectores sociales como los desplazados, sindicalistas y a las organizaciones con las cuales el Presbiterio de la Costa estaba coordinando el trabajo por la defensa de los derechos humanos y la búsqueda de la paz en el Caribe colombiano.

Dada las amenazas generalizadas a las organizaciones de derechos humanos y sociales, las cuales el Presbiterio de la Costa sufrió de manera directa, Rick Ufford Chase, Moderador de la 216 Asamblea General de la PC (USA), visitó Colombia e inició el Programa de Acompañamiento en septiembre de 2004. Durante su estadía en Barranquilla dialogó con las autoridades civiles y militares, a quienes les pidió que se hiciera claridad sobre las amenazas a líderes del Presbiterio de la Costa y de las organizaciones de derechos humanos pidiendo garantías y protección para el trabajo de defensa de los derechos humanos y el apoyo a la población desplazada.

A partir de esta visita empezaron a venir a la ciudad de Barranquilla acompañantes de los Estados Unidos, los cuales estaban con el Presbiterio de la Costa, con las comunidades de desplazados y con organizaciones de derechos humanos durante uno o dos meses. Desde sus inicios se propuso que el programa de acompañamiento estaba dirigido a la población desplazada y a la defensa de los derechos humanos. En una descripción del perfil de los acompañantes que la IPC envió en junio de 2004 se explica que estos serían de tiempos cortos (Uno o Dos meses) y permanentes (dos a tres años) y se afirma lo siguiente: “Para la IPC es prioritario mantener, fortalecer y continuar recibiendo el respaldo de la PC (USA) en el trabajo de acompañamiento a la población desplazada y en la defensa de los derechos humanos. La importancia de la oportunidad de misión conjunta está en que las personas que estamos solicitando aumentarían nuestras condiciones de seguridad en el actual momento del país en que la presencia internacional es respetada por todos los actores del conflicto.” El objetivo básico que se propuso fue: “Acompañar pastoralmente en el fortalecimiento y en la protección del ministerio de atención a la población desplazada y de defensa de los derechos humanos que realiza la IPC en la Costa Norte de Colombia”.

De la misma forma, en febrero de 2006 se envió un documento a la Hermandad Presbiteriana por la Paz, quien es la encargada del programa en los Estados Unidos, donde se indica que los propósitos del programa de acompañamiento por parte de la PC (USA) son: a. Acompañar a sus hermanos y hermanas de la Iglesia Presbiteriana de Colombia en su trabajo por la defensa de los Derechos Humanos; b. Participar con sus hermanos y hermanas de las IPC en las experiencias de acompañamiento pastoral con las demás organizaciones e iglesias que conforman la Red EcuMénica de Colombia en el ministerio de servicio y protección de la vida de los defensores de los Derechos Humanos, visitando, conociendo, escuchando y siendo solidarios con las comunidades; c. Participar con la IPC y los demás miembros de la Red EcuMénica en la defensa de los derechos humanos y la vida de las personas y familias en situación de desplazamiento cuando lo soliciten; d. Participar activamente en las labores de incidencia política cuando haya necesidad de intervenir en la defensa y protección de la vida de un defensor de los derechos humanos o de una comunidad en situación de desplazamiento cuando hayan sido amenazados, en las instancias gubernamentales correspondientes de los gobiernos de los Estados Unidos y Colombia, cuando sea necesario; e. Trabajar en los Estados Unidos en actividades que permitan conocer la realidad política de ambos países y las consecuencias que sus acuerdos y políticas entre ambas naciones tengan entre la población colombiana o de los Estados Unidos.

Durante el tiempo de funcionamiento del programa han participado en el proceso de entrenamiento más de 120 personas, de los cuales han estado como acompañantes más de 80. Quienes han participado de esta experiencia han dado testimonio del cambio que han vivido al compartir con las comunidades y las iglesias el trabajo por los derechos humanos, por justicia y por la paz en Colombia. La experiencia de estar con las comunidades y sentir que contribuyen con la protección de vidas y de procesos sociales está permitiendo que las iglesias redefinan sus relaciones de cooperación en la misión y la forma de anunciar el evangelio como buenas nuevas de paz para los que sufren pobreza, violencia y persecución en Colombia y en otros lugares del mundo.

## Programa Ecuménico de Acompañamiento para la Paz en Colombia (PEAC)

Este programa se organizó con participación de diversas iglesias en Colombia, entre las cuales estaba la Iglesia Presbiteriana de Colombia con la cooperación de la familia protestante de Estados Unidos y Europa. Esta iniciativa surgió en el marco de la reunión del Grupo Regional del CLAI (Consejo Latinoamericano de iglesias) y el CMI (Consejo Mundial de Iglesias) realizada en Bogotá, Colombia, del 07 al 09 de octubre de 2009, donde se aprobó el acompañamiento ecuménico a la situación en Colombia teniendo en cuenta la aguda crisis humanitaria en el país, producto del conflicto armado y otros factores, donde además había un claro reclamo de las víctimas de contar con acompañamiento internacional, un acompañamiento que protegiera y salvara vidas.

El PEAC se sustentó en el testimonio bíblico de la presencia de Dios que acompaña a su pueblo, que fue asumido por las Iglesias y organizaciones nacionales e internacionales que participaron de este programa como un llamado de Dios para contribuir con la protección, la incidencia y el fortalecimiento de los procesos sociales de las comunidades que trabajan por retornar o permanecer en sus tierras. De esta manera, se promovieron un conjunto de acciones para la defensa de los derechos humanos, en el marco de Derecho Humanitario Internacional y el Derecho Internacional de los DDHH, el protagonismo de las comunidades en la búsqueda de una paz justa y negociada conforme la visión cristiana y como expresión del rol profético de la Iglesia y aporte en los procesos de reparación en medio de la violencia que han sufrido dichas comunidades en la búsqueda de la paz.

El Programa permitió la presencia física de personas de las iglesias y de la comunidad ecuménica internacional en comunidades en donde hay una presencia de iglesias y organizaciones ecuménicas nacionales procurando el fortalecimiento de las capacidades organizativas y la promoción de acciones para la incidencia. Para esto se contó con un equipo nacional de incidencia y se logró tener un grupo de acompañantes internacionales en San Onofre, Sucre, que posibilitó la presencia en comunidades de esta región que habían sufrido la violencia y estaban en peligro. Así, el PEAC fue una presencia protectora y a la vez es una respuesta sensible en la que se apoya a las comunidades para convertirse en agentes de su propia protección (Evaluación del PEAC).

## Diálogo Intereclesial por la Paz en Colombia-DiPaz

El Diálogo Intereclesial por la Paz de Colombia (DiPaz), es un proceso que está animado por representantes de iglesias y organizaciones basadas en la fe que han venido participando y articulándose durante los últimos cinco años en procesos sociales y acompañando comunidades que trabajan en la construcción de paz con justicia desde la acción no violenta, la búsqueda de verdad y justicia que permita una verdadera reconciliación en Colombia.

Su objetivo es construir e implementar una agenda común desde iglesias y organizaciones cristianas que permita la incidencia pública a partir de la recuperación de las lecciones y aprendizajes de experiencias de construcción de paz de las comunidades de fe, procesos eclesiales en Colombia y del trabajo por la paz y la reconciliación del movimiento ecuménico nacional e internacional.

Desde su fundación, DiPaz trabaja en el apoyo a la salida negociada al conflicto armado interno, al antimilitarismo y a la acción no violenta, para la materialización de la verdad, la justicia y la reconciliación. El desarrollo de este propósito incidió en el proceso de paz entre el Gobierno Nacional y las Farc-Ep y hace seguimiento al diálogo con el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Desde el primero diciembre de 2016, fecha en que entró en vigor oficialmente el Acuerdo sobre Cese al Fuego y Hostilidades Bilateral y Definitivo y Dejación de las Armas (en adelante ACFHBD y DA) entre el Gobierno Nacional y las Farc-Ep, más conocido como el Día D, DiPaz inició la tarea de veeduría humanitaria aprovechando sus dos Casas Humanitarias de Protección, ubicadas en Santander de Quilichao (Cauca), y en Apartadó (Antioquia), desde las cuales realizó acciones de veeduría humanitaria a las Zonas Veredales Transitorias de Normalización (en adelante ZVTN), La Elvira y Pueblo Nuevo (Cauca), Llano Grande (Antioquia), y los Puntos Transitorios de Normalización (en adelante PTN) Monterredondo (Cauca), Gallo (Córdoba) y La Florida (Chocó), acompañando a las comunidades, realizando labores de protección y pedagogía para la paz (Dipaz 2018).

DIPAZ implementa en la actualidad los proyectos: (i) “Fortalecimiento de DIPAZ desde un enfoque de género, territorial y acción incidente” financiado por la Federación Luterana Mundial, y (ii) “Avanzando en una sociedad éticamente mejor preparada para asumir los compromisos



de construcción de paz” financiado por la Unión Europea, con los cuales DIPAZ busca lograr transformaciones en actitudes e imaginarios en favor de la reconciliación, la acción no violenta y la construcción de paz desarrollando un proceso de fortalecimiento de las regiones que hacen parte de la red y una pedagogía dirigida a personas con liderazgo religioso e integrantes de la membresía, mediante tres Casas/ Oficinas Humanitarias y una Escuela de No violencia.

## **Comisión de Paz de la Iglesia Presbiteriana de Colombia**

La Asamblea del Sínodo de la IPC realizada en marzo de 2016 en el contexto y para fortalecer su aporte a los diálogos de paz que realizaba el gobierno colombiano y las FARC EP, nombró una comisión permanente de Paz. Este comité fue integrado por personas con experiencia y formación en temas de derechos humanos y paz de los presbiterios y de la CUR para promover espacios de intercambio y aprendizajes a partir de experiencias de desarrollo comunitario y eclesial que contribuyan a la paz. Las orientaciones que esta asamblea definió para esta comisión fueron las siguientes:

1. Un trabajo constante, continuo y enfático desde los púlpitos, desde las distintas reuniones de las congregaciones, de las instituciones educativas, etc. Este proceso educativo debe producir una generación de líderes presbiterianos que sean constructores de paz y vivan la vocación comprometida de la IPC en la construcción de la Paz.
2. Diseñar medios didácticos, escritos y audiovisuales para la pedagogía de la Paz para el desarrollo en la Escuela Dominical, el trabajo con los distintos grupos (jóvenes, mujeres, prejuveniles, niñez, adultos mayores, parejas, etc.)
3. Recomendar a la Universidad Reformada trabajos de Investigación sobre la Paz, la superación de la violencia, la defensa y acompañamiento de las víctimas, las posibilidades de asesorar proyectos de desarrollo socioeconómico que ayuden a superar la exclusión económica.
4. Participar en y con las distintas plataformas y organizaciones sociales y ecuménicas que tienen un compromiso en la construcción de la paz, la defensa de la vida y la lucha por el bienestar de los más pobres de nuestra sociedad.

5. Trabajar con y a favor de las víctimas en procesos de reparación, atención psico-social, psico-afectiva y reconciliación. Junto con esto acompañar procesos donde las personas que han estado en grupos armados se integran a la vida civil y política.
6. Trabajar con los organismos ecuménicos internacionales y nacionales en procesos de verificación, instando a las partes al cumplimiento de los acuerdos.
7. Insistir al gobierno colombiano que avance en los diálogos de manera pública con el ELN para que se logre un acuerdo de paz.
8. Instar al gobierno colombiano para que, en el desarrollo legislativo de los acuerdos de Paz, tenga en cuenta la necesidad de cerrar las brechas de desigualdad económica y de exclusión, no decrete una reforma tributaria que profundice la exclusión ni que por la paz se incremente la deuda pública.
9. Incluir como ejes transversales del quehacer de la IPC, como aporte a la construcción de la paz y la reconciliación, el trabajo de los Derechos Humanos, los derechos sexuales y reproductivos, la interculturalidad, lo interreligioso, la perspectiva del cuidado de la creación y la justicia de género.

Esta comisión mantiene un plan de trabajo nacional a partir de lo que hacen los presbiterios, por lo que realizó un balance del trabajo por la paz que realizan estos. Presentó informe y fue ratificada en la asamblea del sínodo realizada en marzo de 2018 en Medellín. Su trabajo se ha enfocado en participar en diversas plataformas sociales, redes ecuménicas e interreligiosas de paz, acompañar espacios donde se reubicaron personas que hicieron dejación de las armas en la Costa Caribe, en Urabá, Tolima y Meta; ha realizado iniciativas educativas de manera articulada con la Unireformada y de incidencia nacional e internacional por el cumplimiento del acuerdo de paz entre el gobierno colombiano y las FARC, así como para que se reanuden los diálogos con el ELN. En este trabajo se ha tenido el apoyo de la Comunión Mundial Reformada y la Iglesia Presbiteriana de Estados Unidos.

## **Desafíos para seguir aportando en la Construcción de Paz**

Al iniciar este texto compartí que la tradición eclesial presbiteriana llegó a Colombia con una propuesta educativa y eclesial de trabajo

por la paz en un tiempo de profundos conflictos políticos con el apoyo de personas liberales que buscaban desmontar el Estado colonial para establecer una sociedad republicana moderna. Así el presbiterianismo, llega con una propuesta de contribuir con una sociedad con mayor democracia e inclusión social en un contexto donde el poder político y religioso estaban ligados por intereses comunes de mantener sus privilegios y el control sobre toda la sociedad. Creo que, durante su historia, la Iglesia Presbiteriana ha intentado superar este contexto que le permita hacer su contribución para que Colombia pueda ser un país moderno con aportes por medio de la educación, el servicio social y la vivencia de la fe reformada para que podamos como colombianos vivir reconciliados y en paz.

Esta modesta contribución se ha visto afectada por una lógica y acciones de los sectores dominantes que parecen persistir en la violencia en Colombia, los cuales no permiten que otras formas de pensar y organizar la sociedad tomen fuerza y se consoliden eliminándolas u obstaculizando su desarrollo. Estas lógicas se reproducen a nivel político, social y, también, al interior de las mismas iglesias. A partir de esta forma de pensar se han eliminados líderes y movimientos políticos, sociales o estos últimos han tenido que salir del país para poder seguir con vida. Por parte de las iglesias, un ejemplo reciente es de un gran sector de iglesias evangélicas que, como minoría, durante muchos años trabajaron para ser reconocidas y tener los mismos derechos de la Iglesia Católica, pero hoy desconocen los derechos de otros grupos minoritarios que sufren violencia y discriminación.

Creo que, para que podamos seguir avanzando en estrategias y planes que hagan posible la reconciliación y la paz en Colombia, necesitamos aprender a valorar y no impedir que la diversidad en todas sus formas de desarrolle. Es importante que las diversas expresiones políticas que existen en nuestro mundo tengan garantías para hacer su trabajo en nuestro país. Por parte de las iglesias, necesitamos aprender a valorar esta diversidad y no imponer nuestra visión del mundo al resto de la sociedad. Hoy sabemos que la vida es posible gracias a su inmensa o infinita capacidad de producir diversas formas de manifestarse y el espíritu de Dios en pentecostés dio ejemplo que, es posible que en esta gran diversidad nos entendamos para que podamos vivir en paz como humanidad y en Colombia.

## Referencias

- Amestoy N. (2011). De la crisis del modelo liberal a la irrupción del movimiento Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL). En revista: *Teología y cultura*, año 8, vol. 13.
- Castillo, G et al., (2010). La influencia religiosa en la conciencia social de Orlando Fals Borda. CUR. Barranquilla, Colombia.
- Consejo Latinoamericano de Iglesias. (1999) Informe del Plan de Paz. 1997-1999. Forjadores de Paz.
- Dipaz (2018). Estructura y funcionamiento del Diálogo Inter eclesial por la Paz en Colombia Bogotá.
- Evaluación del PEAC (2013). Evaluación de desempeño en experiencia piloto de acompañamiento. PEAC.
- Fals, O. (2009). Uno siembra su propia semilla, pero ella tiene su propia dinámica. *Cuadernillo*, 49.
- Iglesia Presbiteriana de Colombia, (2016) Acta de la LXVIII Asamblea del Sínodo de la Iglesia Presbiteriana de Colombia. Bogotá, marzo 12 de 2016.
- Iglesia Presbiteriana de Colombia, (1965). Declaración de la consulta colombiana. Bogotá, junio de 1965.
- Iglesia Presbiteriana de Colombia (1987). Constitución de la iglesia. Recuento histórico.
- Pérez V. (2016). Los orígenes de la teología de la liberación en Colombia: Richard Shaull, Camilo Torres, Rafael Ávila, Golconda, sacerdotes para América Latina, cristianos por el socialismo y Comunidades Eclesiales de Base. En revista: *Cuestiones Teológicas*. No. 99.
- Red EcuMénica de Colombia, (2014). Carta y declaración de Principios de la Red EcuMénica de Colombia.
- Rodríguez J. (2004). Primeros intentos de establecimiento del protestantismo en Colombia. En el libro: *Historia del Cristianismo en Colombia*. Tauros. Bogotá, Colombia.
- Rodríguez, J. (2019). *Hacia una historia del protestantismo en Colombia*. Universidad Pontificia Bolivariana. Bogotá.